

SUGESTIONES SOCIALES, DEMOCRACIA y "ÉLITE"

René Guénon*

De acuerdo a las concepciones a las cuales se conforma el conjunto de nuestra actividad, todo interés desde un punto de vista simplemente "social" no puede ser sino *indirecto*, puesto que representa sólo una aplicación bastante lejana de los principios fundamentales y puesto que, en consecuencia, no es en tal dominio donde podría comenzar una verdadera "rectificación" del mundo moderno. En efecto, si tal "rectificación" fuese ejecutada al revés, es decir partiendo de las consecuencias en vez de partir de los principios, la misma carecería fatalmente de una base seria y sería totalmente ilusoria; de ella no podría nunca resultar nada estable y se debería comenzar a cada momento de nuevo, puesto que se habría descuidado un acuerdo preliminar sobre verdades esenciales.

Por ello nos resulta imposible conceder a las contingencias políticas, aun dando a tal palabra su sentido más amplio, un valor diferente del de simples signos exteriores de la mentalidad de una época; pero, aunque fuese sólo a tal respecto, no sería ni siquiera posible pasar totalmente en silencio las manifestaciones del desorden moderno en el dominio social propiamente dicho.

En el estado actual del mundo occidental, ya nadie se encuentra más en el lugar que normalmente le correspondería de acuerdo a su naturaleza propia. Es aquello que se expresa cuando se dice que las castas no existen ya, puesto que la casta, entendida en su verdadero sentido tradicional, no es otra cosa que la misma naturaleza individual, con todo el conjunto de actitudes especiales que ella implica y que predisponen a cada hombre al cumplimiento de una determinada función. Desde el momento en el cual el acceso a especiales funciones no es ya controlado por ninguna regla legítima, resulta de manera necesaria que cada uno se encontrará llevado a hacer cualquier cosa, y muchas veces a aquellas cosas para las cuales está menos cualificado. La parte que tendrá en la sociedad estará determinada sólo por aquello que se denomina casualidad, es decir por el entrecruzamiento de cualquier especie de circunstancias accidentales. Lo que menos intervendrá será justamente el solo factor que debería contar en tales casos, es decir la efectiva diferencia de naturaleza existente entre los hombres.

La causa de todo este desorden es la negación de estas mismas diferencias, la cual implica la de toda verdadera jerarquía social; y tal negación primero puede ser apenas conciente y más práctica que teórica, puesto que la confusión de las castas ha precedido a su abolición completa: o, en otros términos, antes de no tener para nada en cuenta la naturaleza de los individuos, se ha comenzado desconociéndola, y esta negación seguidamente ha sido dada por los modernos bajo la forma del pseudo-principio de "igualdad". Sería demasiado fácil mostrar que la igualdad en cambio no

* Ver también del mismo autor sus trabajos donde desarrolla en amplitud estas mismas ideas: *La crise du monde moderne*, Paris, Gallimard, collection «Folio/Essais», 1973, capítulo «Le chaos social»; y, *Autorité spirituelle et pouvoir temporel*, Paris, Guy Trédaniel/Éditions Véga, collection «L'anneau d'Or», 1984, capítulo «Les usurpations de la royauté et leurs conséquences».

puede existir en ningún nivel, por la simple razón de que dos seres al mismo tiempo realmente distintos y totalmente similares no pueden existir bajo ningún punto de vista; no sería menos fácil poner de relieve todas las consecuencias absurdas que derivan de tal idea quimérica, en nombre de la cual se ha pretendido imponer por doquier una uniformidad completa, por ejemplo distribuyendo a todos una idéntica enseñanza, como si todos fuesen por igual aptos para comprender las cosas, y que los mismos métodos fuesen indistintamente válidos para todos. Por otra parte nos podemos preguntar si no se trata de "aprender" más que de "comprender" en serio, es decir si la memoria no se ha sustituido a la inteligencia en la concepción totalmente verbal y "libresca" de la actual enseñanza, en donde se apunta tan sólo a acumular nociones rudimentarias y heteróclitas, y en donde la cualidad es enteramente sacrificada a la cantidad. A tal respecto, habría muchas cosas para decir en relación a los desastres producidos por la "instrucción obligatoria", pero éste no es el lugar para insistir sobre estas cosas y, para no salirnos de los límites que nos hemos impuesto, debemos contentarnos con señalar de pasada esta especial consecuencia de la teoría "igualitaria", como uno de aquellos instrumentos de desorden que hoy son demasiado numerosos para que se pueda pretender enumerarlos sin omitir ninguno.

Naturalmente, cuando nos encontramos frente a una idea, como la de la "igualdad", o como la de "progreso", o como los otros *dogmas laicos* que casi todos nuestros contemporáneos aceptan ciegamente, y la mayoría de los cuales han comenzado a formularse netamente en el transcurso del siglo XVIII, no es posible admitir que tales ideas hayan nacido espontáneamente. Se trata en suma de verdaderas *sugestiones*, en el sentido más estricto de la palabra, las que por lo demás no habrían podido actuar sino en un ambiente ya preparado para recibirlas; las mismas no sólo han creado en su conjunto un estado de ánimo que caracteriza a la época moderna, sino que han ampliamente contribuido a alimentarlo y a desarrollarlo hasta un límite que sin duda no habría podido nunca ser alcanzado sin su accionar. Si tales sugestiones se desvaneciesen, la mentalidad general cambiaría pronto de orientación: y por esto las mismas son cuidadosamente mantenidas por todos aquellos que poseen un interés determinado en conservar el desorden, si no es que a agravarlo, y es también por esto que en una época en la cual se pretende someterlo todo a discusión, tales ideas son las únicas que, y desde hace largo tiempo, no nos está permitido discutir, y que hasta el día de hoy no han sido discutidas sino en aquellos aspectos en el fondo parciales y de consecuencias. Por otro lado, es difícil establecer con exactitud el grado de sinceridad propio de todos aquellos que han difundido tales ideas; saber en qué medida algunos hayan terminado creyendo en las propias mentiras, sugestionándose al mismo tiempo que sugestionaban a los demás. Y en una propaganda de tal tipo los ilusos son muchas veces los mejores instrumentos, puesto que ellos llevan una convicción que los otros tan sólo fatigosamente alcanzan a disimular y que es fácilmente contagiosa. Pero, detrás de todo esto, y por lo menos originariamente, tiene que existir una acción claramente conciente, un plan que puede provenir sólo de hombres que conocen perfectamente el alcance de las ideas que ellos ponen en circulación.

Nosotros hemos hablado de "ideas", pero tal palabra es aquí aplicada en forma sumamente impropia, siendo evidente que no se trata para nada de ideas puras y ni siquiera de alguna cosa que pueda ser en cierto modo referible al orden intelectual. Se trata, si se quiere, de ideas falsas, mejor todavía, de *"pseudo-ideas"*, destinadas principalmente a provocar reacciones sentimentales, cosa que en efecto constituye el medio más eficaz y más fácil para actuar sobre las masas. A tal respecto, la palabra tiene además una importancia sumamente más grande que la noción que la misma debería representar, y la gran mayoría de los "ídolos modernos" no son en verdad sino palabras, produciéndose aquí el singular fenómeno conocido bajo el nombre de "verbalismo", en donde la sonoridad de las palabras es suficiente como para crear la ilusión del pensamiento. La influencia que los oradores demagógicos ejercen sobre las turbas es aquí particularmente característica, y no es necesario estudiarla de cerca para darse cuenta de que se trata justamente de un procedimiento de sugestión comparable sin más al de los hipnotizadores.

Pero, sin detenernos sobre este orden de consideraciones, volvemos a las consecuencias de la negación de toda verdadera jerarquía y notamos que, en el estado actual de las cosas, no sólo un hombre no satisface, sino excepcionalmente y casi accidentalmente, su función propia, mientras que justamente la contrario debería normalmente ser la excepción, sino que acontece incluso que la misma persona sea llamada a ejercer sucesivamente funciones totalmente diferentes, como si sus actitudes pudiesen variar a voluntad. Ello puede parecer paradójal en una época de "especialización" a ultranza como la actual, y sin embargo las cosas se encuentran justamente así, en especial en el campo político: si la competencia de los "especialistas" muchas veces es ilusoria y en cualquier caso limitada en un campo sumamente restringido, creer en tal competencia es sin embargo un hecho, y nos podemos preguntar cómo es que tal creencia no ha tenido más ningún papel cuando se ha tratado de los hombres políticos de regímenes anteriores, en donde la incompetencia más completa raramente ha constituido un obstáculo. Sin embargo, si se reflexiona, nos damos cuenta fácilmente de que no hay que asombrarse del asunto, de que en suma se trata de un resultado muy natural de la concepción "democrática", en virtud de la cual el poder viene de lo bajo y se apoya esencialmente sobre la mayoría, lo cual tiene necesariamente por corolario la exclusión de cualquier verdadera competencia: la competencia es siempre una superioridad por lo menos relativa, que puede ser pertenencia sólo de una minoría. Pero lo que nosotros hemos mencionado en lo relativo a un poder adquirido únicamente a través de procedimientos sugestivos nos permite también reconocer que el mal no pocas veces subsiste también cuando se trata de sistemas que en apariencias tengan formas autoritarias.

En lo que se refiere a la "democracia", vale la pena recordar aquí el argumento decisivo en su contra: lo superior no puede venir de lo que es menos. Es necesario hacer notar también que el mismo argumento, aplicado en otro orden, vale también en contra del "materialismo": y esta concordancia no es fortuita, siendo las dos cosas más solidarias de lo que podría aparecer a primera vista. Es demasiado evidente que el pueblo no puede conferir un poder que el mismo no posee; el verdadero poder puede

sólo emanar de lo alto, y es por esto -digámoslo de paso- que el mismo sólo puede ser legitimado por la sanción de alguna cosa que sea superior al orden social, es decir de una autoridad espiritual: de otra manera, no es sino una falsificación del poder, un estado de hecho insusceptible de justificarse en función de un principio, y por ende tal sólo de dar lugar a un desorden y a una confusión. Esta subversión de toda jerarquía normal tiene su comienzo desde el momento en el cual el poder temporal quiere volverse independiente de la autoridad espiritual, y luego busca subordinarla a sí pretendiendo que la misma tenga que servir a fines políticos, en el sentido más bajo y condicionado del término. Ésta es la primera usurpación, que abre la vía a todas las demás, y así se podría por ejemplo mostrar que la monarquía francesa, partiendo del siglo XIV, ha trabajado inconscientemente para preparar ella misma la Revolución que tenía que derribarla. Quizás en otra ocasión podremos desarrollar como se merece este punto que aquí sólo puede ser mencionado.

Si se define como "democracia" el autogobierno del pueblo, con ello se evoca una imposibilidad, algo que no puede ni siquiera tener una simple existencia de hecho, tampoco hoy como en cualquier otra época. No hay que dejarse engañar con las palabras: es contradictorio admitir que los mismos hombres pueden ser a un mismo tiempo gobernantes y gobernados, puesto que, para usar el lenguaje aristotélico, un mismo ser no puede estar, simultáneamente y en la misma relación, "en acto" y "en potencia". Ésta es una relación que supone necesariamente dos términos: no hay gobernados allí donde no haya gobernantes, aun ilegítimos y que no tuviesen otro derecho al poder, afuera del que ellos mismos se han atribuido. Pero la gran habilidad de los dirigentes en el mundo moderno es la de hacer creer al pueblo que éste se gobierna por sí mismo; y el pueblo se deja persuadir gustosamente, por el hecho de que así se siente alabado y por otro lado es incapaz de la reflexión necesaria para darse cuenta de que tal cosa es imposible. Es con la finalidad de crear tal ilusión que ha sido inventado el "sufragio universal": es la opinión de la mayoría la que se supone que hace la ley, y no se dan cuenta de que la opinión es algo muy fácil de dirigir y de modificar. Con apropiadas sugerencias, se pueden provocar siempre corrientes en un sentido o en otro. No sabemos ya más quien ha hablado de una "fabricación de la opinión", expresión verdaderamente justa, si bien hay que decir que no son siempre los dirigentes aparentes los que tienen en realidad a su disposición los medios necesarios para obtener este resultado.

Esto nos lleva directamente a decir en cuáles términos la idea de que la mayoría tenga que hacer la ley, sea esencialmente errónea, puesto que aun si, por la fuerza de las cosas, esta idea es sobre todo teórica y no puede corresponder a una realidad efectiva, queda sin embargo por explicar cómo es que la misma ha podido echar raíz en el espíritu occidental moderno, cuáles son las tendencias de este último a las que corresponde y que ella, por lo menos en apariencias, satisface. El defecto más visible es el aquí indicado: la opinión de la mayoría no puede ser sino la expresión de una incompetencia que resulta de una falta de inteligencia y de la ignorancia pura y simple. A tal respecto se podrían hacer intervenir también ciertas observaciones en materia de "psicología colectiva", y recordar sobre todo el hecho sumamente conocido de que, en

una turba, el conjunto de las reacciones mentales producidas por los individuos que la componen forma una resultante, la cual no corresponde ni siquiera al nivel medio, sino al de los elementos más inferiores. Habría que hacer notar también que algunos filósofos modernos han querido transportar hacia el orden intelectual la teoría "democrática", haciendo de aquello que ellos denominan el "consenso universal" un pretendido "criterio de verdad". Aun suponiendo que haya en verdad cuestiones sobre las cuales los hombres estén de acuerdo, este acuerdo, por sí mismo, no tendría ningún valor. En este dominio, aparece aun más claramente que la teoría carece de base, puesto que es más fácil prescindir de la influencia del sentimiento, la cual en vez entra casi inevitablemente en acción cuando se trata del dominio político: y esta influencia es uno de los principales obstáculos para la comprensión de ciertas cosas, aun entre quienes tuviesen una capacidad intelectual en verdad suficiente para arribar sin trabajo a una tal comprensión: los impulsos emotivos impiden la reflexión, y una de las habilidades más vulgares de la baja política es aquella que consiste en sacar partido de una tal incapacidad.

Pero vayamos más al fondo de la cuestión: ¿qué cosa es exactamente esta ley del mayor número invocada por los regímenes modernos no sólo bajo el signo de la democracia de ayer, sino también bajo el de las diferentes corrientes "sociales", "colectivistas" o "totalitarias" de hoy en día? Es simplemente la ley de la materia y de la fuerza bruta, la ley misma en virtud de la cual una masa transportada por su peso aplasta todo aquello que encuentra en su camino. Es aquí donde se presenta la intersección entre la concepción democrático-colectivista y el materialismo, y no es casualidad que esta última concepción esté tan estrechamente ligada a la mentalidad actual. Es la completa subversión del orden normal, siendo la proclamación de la supremacía de la multiplicidad como tal, supremacía que, de hecho, existe sólo en el mundo material, (*numerus stat ex parte materiae*, como ya lo advertía St. Tomás de Aquino). En el mundo espiritual, y aun más simplemente en el orden universal, es en vez la unidad lo que está en lo más alto de la jerarquía, puesto que ella constituye el principio del cual deriva toda multiplicidad. Pero cuando el principio es negado, o bien perdido de vista, queda sólo la multiplicidad pura, que se identifica con la misma materia. Por otra parte la alusión hecha por nosotros al peso es más que una simple semejanza, el peso representa efectivamente en el dominio de las fuerzas físicas la tendencia descendente y compresiva, que crea en el ser una limitación cada vez mayor, la cual va simultáneamente en el sentido de la multiplicidad, representada aquí por una densidad cada vez mayor: y esta tendencia da la dirección en conformidad con la cual la actividad humana se ha desarrollado a partir del comienzo mismo de la era moderna. Además, si se puede notar que la materia por su poder de división y al mismo tiempo de limitación es aquello que la escolástica denomina el "principio de individuación", ello remite las consideraciones aquí expuestas a lo que en otra parte hemos dicho a propósito del individualismo moderno: justamente la tendencia aquí indicada es, podría decirse, la tendencia "individualizante", aquella según la cual se efectúa lo que la tradición católica designa como "caída" de los seres que se separaron de la unidad originaria. La multiplicidad considerada afuera de su principio, y que por ende no puede

más ser referida a la unidad es, en el orden social, la colectividad concebida como la simple suma de los individuos que la componen, y que efectivamente no es nada más que esto cuando no se vincula más a algún principio superior a los individuos; la ley de la colectividad, bajo tal aspecto, es justamente la ley del mayor número sobre el cual se basan las diferentes formas de democratismo y de colectivismo.

Aquí es necesario detenernos para prevenir una posible confusión. Tomando el término "individualismo" en su acepción más estricta, se estaría tentados en oponer la colectividad al individuo y en pensar que los fenómenos relativos a la colectivización ya la centralización de algunas formas políticas modernas indican una tendencia opuesta al individualismo. El asunto sin embargo no se encuentra así, puesto que la colectividad, no siendo otra cosa sino la suma de los individuos, no puede ser opuesta a estos últimos: del mismo modo que a éstos no puede siquiera ser opuesta cualquier forma de Estado que, en tanto no refleja ningún principio superior, por más centralizado que sea, en una manera u otra, permanece siempre como una manifestación colectiva (ejemplo típico: el colectivismo autoritario-centralista soviético). *Ahora bien, es precisamente en la negación de todo principio supra-individual en lo que consiste verdaderamente el individualismo.* Por lo tanto, si en el dominio social se verifican conflictos entre diferentes tendencias todas por igual pertenecientes al espíritu moderno, estos conflictos no son entre el individualismo y otra cosa, sino simplemente entre las variedades múltiples de las cuales el mismo individualismo es susceptible, o, en fin, entre fuerzas que tienen en el individualismo, tal como lo hemos definido, su punto de partida. Y es fácil darse cuenta de que, con la ausencia de todo principio capaz de unificar realmente la multiplicidad, tales conflictos en nuestra época tienen que ser más graves y más numerosos de lo que antes pudo acontecer. Quien dice individualismo dice necesariamente división, y esta división, con el caos que deriva de ella, es la fatal consecuencia de una civilización esencialmente material, siendo la materia misma la raíz de la división y de la multiplicidad.

Dicho esto, es necesario insistir en una consecuencia inmediata de la idea democrático-colectivista, que es la negación de la élite comprendida en su única acepción legítima. No es por nada que la "democracia" se opone a la "aristocracia", designando este último término precisamente, por lo menos en su sentido etimológico, el poder de la élite. Ésta, por definición, no puede ser sino una minoría, y su poder, o mejor dicho, su autoridad, que deriva de una superioridad intelectual y espiritual, no tiene nada en común con la fuerza numérica sobre la que se basa la "democracia" y con las fuerzas irracionales del colectivismo, tendencias, cuyo carácter esencial es sacrificar la minoría a la mayoría, así como la calidad a la cantidad, y la élite a la masa. Así pues la función directiva de una verdadera élite y su misma existencia -dado que ella, si existe, ejercerá necesariamente una tal función- son radicalmente incompatibles con cualquier forma de "democracia" y de colectivismo, siendo presupuesto de tales formas la negación de cualquier jerarquía: el principio mismo de la idea democrático-colectivista es que un individuo cualquiera equivale al otro, puesto que ellos son iguales numéricamente; o bien, puesto que se elige un principio cualquiera, que siempre posee

el valor de "mito", el cual le hace considerar como irreal o subordinada cualquier diferencia.

Una verdadera élite no puede ser sino espiritual e intelectual. Por esto, la democracia y el colectivismo, pueden instaurarse sólo allí donde la pura intelectualidad no existe más, o ha perdido totalmente su carácter superracional tradicional, como es justamente el caso para el mundo moderno. Tan sólo que la igualdad, al ser imposible de hecho y no pudiéndose suprimir automáticamente toda diferencia entre los hombres, para injuria de cualquier esfuerzo de nivelación, se arriba por un curioso ilogismo a inventar falsas élites, por lo demás múltiples, que pretenden sustituir a la única élite real, y estas falsas élites están basadas en la consideración de superioridades eminentemente relativas y contingentes, siempre de orden puramente material. Nos podemos fácilmente dar cuenta de ello notando que la distinción social que aun hoy en muchos países cuenta más es la que se basa en los bienes [materiales], es decir sobre una superioridad totalmente externa y de orden exclusivamente cuantitativo, la sola, en suma, que es conciliable con la "democracia", puesto que ella procede del mismo punto de vista de esta última. No podemos por lo demás agregar sino que también muchos de quienes actualmente se han nucleado en contra de este estado de cosas, y que se dicen antidemocráticos y antiindividualistas, cualquiera sea la bondad de sus intenciones, cuando no saben hacer intervenir ningún principio de orden superior, permanecen en el fondo incapaces de remediar eficazmente un desorden semejante, aun cuando no arriesguen agravarlo avanzando siempre en el mismo sentido. Nosotros hemos ya mencionado el ejemplo que nos ofrece el soviétismo, en el cual el anti-individualismo y la antidemocracia se acoplan con una exasperación de la tendencia igualitaria hasta la degeneración de todo punto de referencia de orden superior.

Estas simples reflexiones pueden bastar para caracterizar el estado social en el cual, a pesar de todo, se encuentran aun vastas partes del mundo contemporáneo y para mostrar al mismo tiempo que, en tal dominio así como en todos los demás, hay un solo modo para salir del caos: restaurar la intelectualidad en su significado espiritual y supraindividual que siempre tuvo en cualquier civilización normal y por ende reconstituir una élite a ser considerada totalmente inexistente en Occidente, puesto que un tal nombre no puede darse a algún elemento aislado sin cohesión, que no representa, en cierto modo, sino una posibilidad no desarrollada. En efecto, estos elementos en general tienen sólo tendencias o aspiraciones, que sin duda los conducen a reaccionar en contra del espíritu moderno, pero sin que su influencia pueda ejercerse en modo efectivo. Lo que les falta es el verdadero conocimiento, son los datos tradicionales, los cuales no se improvisan, y a los cuales un intelecto abandonado a sí mismo, sobre todo en circunstancias en todos los aspectos desfavorables, no puede más suplantar sino de manera imperfectísima y en bien débil medida. Se trata pues sólo de esfuerzos dispersos que muchas veces van al fracaso a causa de la falta de principios y de dirección espiritual. Se podría decir que el mundo moderno se defiende por medio de su misma dispersión, de la cual sus mismos adversarios no logran sustraerse y así irán las cosas hasta que éstos se mantengan sobre el terreno "profano", en donde el espíritu moderno tiene una evidente ventaja, puesto que el mismo es su dominio propio y

exclusivo. y por otra parte, si ellos se mantienen en tal terreno, esto quiere decir que tal espíritu, a pesar de todo, ejerce sobre ellos una fuerte influencia.

Por todo esto, muchos, que sin embargo están animados de una incontestable voluntad, son incapaces de comprender que hay que comenzar necesariamente por los principios, y en cambio se obstinan en disipar sus fuerzas en éste o en aquel dominio relativo, social, económico, etc., en donde nada duradero y real puede ser realizado en nuestras actuales condiciones. La verdadera élite, en vez, no deberá intervenir directamente en estos dominios ni mezclarse en la acción externa. Ella dirigirá todo mediante una influencia inasible para el hombre vulgar, y tanto más profunda en cuanto la misma será menos aparente. Si se piensa en el poderío de las sugestiones sociales, de las que hablábamos más arriba, y que sin embargo no presuponen ninguna verdadera fuerza espiritual, se puede sospechar de aquello que con mayor razón sería el poder de una influencia como la que se ejercita por su misma naturaleza en manera aun más escondida y que recaba su origen de la intelectualidad pura: potencia que por otra parte, en vez que ser disminuida por la división inherente a la multiplicidad y por la debilidad ínsita en todo lo que es mentira o ilusión, sería en vez intensificada por la concentración en la unidad del principio y se identificaría a la fuerza misma de la verdad.